

146/10



LA SIERVA DE DIOS
MARÍA WARD
FUNDADORA DEL INSTITUTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA
1645 - 1945
RECUERDO DEL III CENTENARIO
DE SU MUERTE

LA SIERVA DE DIOS MARÍA WARD

LA SIEMPRE DE DIOS ABLE WIND

con las debidas licencias

*L*A venerable Sierva de Dios María Ward nació en el condado de York el 23 de enero de 1585, de una nobilísima estirpe enraizada en los primeros conquistadores normandos, en cuya historia brillaron cruzados del siglo XIII, próceres feudales de ejemplar influencia civilizadora y mártires de la fe católica durante la trágica apostasía de Enrique VIII y de su neroniana hija la reina Isabel. Toda su familia era prototipo de tan heroica fidelidad. Su viejo hogar paterno, en el cual hallaban comida todos los días cerca de un centenar de menesterosos, y refugio generoso de los perseguidos por odio a la fe, tuvo que ser abandonado por aquellos santos defensores de la religión y de la patria. Todos sus familiares fueron confesores magníficos de la católica romanidad.

María Ward se formó en este ambiente de sacrificios sobrehumanos, cuando la ferocidad de la reina Isabel imponía confiscación de bienes y prisión perpetua a los convictos de haber asistido tres veces a la Santa Misa, según el rito romano. Así se fraguó el carácter viril y la serenidad paciente de María Ward ante las adversidades con que tuvo que enfrentarse durante toda su vida. Su educación fué templada por una grande austeridad y una piedad ardiente, y aun en su más tierna edad aparece iluminada con providenciales designios. Empezó a hablar balbuceando el nombre de Jesús, que con angustia suplicante acababa de pronunciar su madre al verla caer peligrosamente. Acostumbróse a oír Misa y rezar Vísperas en el culto clandestino de la persecución; el ejemplo paterno le enseñó la misericordia por los proscritos y oprimidos que no sabían cómo salvaguardar su vida y su fe. Símbolos espléndidos de su carácter y de su misión: a los diez años fué hallada rezando

impávida el Rosario, arrodillada en su habitación, mientras toda la casa ardía en llamas; muy pocos más tenía cuando supo vencer todas las argucias de un culto joven anglicano, que se convirtió al sacerdocio católico.

Doncella de 20 años, armada de todas las armas de Dios, sale de Inglaterra, decidida su vocación de entrar en religión y dedicar su vida a la obra misericordiosa de hacer todo el bien posible a sus hermanos de fe y de patria, que gemían bajo la tiranía anglicana dispersos por el continente. En Saint-Omer, dulce arribo belga de proscritos, pasa un año entre las clarisas de Santa Coleta, hasta que un santo religioso español, el Comisario General de los franciscanos, le ayuda a encontrar su verdadero apostolado en aquella tierra dichosa bajo el gobierno de la archiduquesa Isabel, hija de Felipe II, que fué después su constante y ardiente protectora. Hizo su primera fundación en Gravelinas, donde instituyó un convento de clarisas inglesas para jóvenes nobles extrañadas de su patria en busca de la perfección religiosa; esta obra fué muy extendida después para realizar la misión tan alta de formación de la juventud femenina, cosa entonces imposible en la antigua Isla de los Santos que gemía bajo las leyes penales contra la práctica de la religión.

Sus 24 años señalan el momento álgido de su visión de apostolado. Una breve estancia en Londres, donde se consagró afanosamente a convertir apóstatas, sostener a los pusilánimes y ayudar a los perseguidos, sobre todo a los sacerdotes ocultos, la hizo ver claro que urgía establecer una congregación dedicada al apostolado, sin clausura religiosa ni hábitos talaes, para la formación de la juventud femenina, y allí escogió a sus siete primeras colaboradoras de corazón recio y temple apostólico, con las cuales regresó a Saint-Omer y a Lieja, donde estableció sus primeras escuelas gratuitas. A los cinco años las nuevas religiosas eran ya cuarenta, y allí comenzaron a ser conocidas con el nombre de *Damas Inglesas*,

con que más tarde habían de ser popularizadas en las principales naciones de Europa. Pasó entonces diez años de prodigiosa heroicidad, compartida entre la organización de su nueva congregación docente por tierras de Flandes y sus repetidos y arriesgados viajes a Inglaterra para ayudar a los oprimidos. El Arzobispo anglicano tuvo noticia de la portentosa ubicuidad de María Ward y de sus compañeras en el confortamiento de los católicos y sacerdotes, ocultos o encarcelados, y decretó su busca y detención. Cayó un día en manos de la policía, y aquella mujer, avezada a dormir sobre paja y a probar comida una sola vez al día, fué intrépida en la cárcel, besando su suelo santificado por tantos confesores y mártires que en ella le habían precedido. Por el camino rezó las Letanías de la Virgen, y, presentada al juez, que vió en su pecho la corona del Rosario, habiéndolo éste blasfemado contra la Virgen Santísima, ella le reprochó valientemente y supo defender su fe. Condenada a muerte, parece que sus amigos alcanzaron a precio de oro su vida y libertad. Dios la tenía destinada a la propagación de su obra, el *Instituto de la Santísima Virgen María (Institutum Beatae Mariæ Virginis = I. B. M. V.)*, para la educación y preservación de las jóvenes en aquellos tiempos de persecución y herejía.

Desde entonces su actividad enérgica y magnánima se dió enteramente a sus fundaciones: Colonia, Tréveris, Munich, Viena, Praga, Presburgo; más tarde Roma, Nápoles, Perusa y París fueron otras tantas etapas de su fecundo apostolado. Como la archiduquesa Isabel fué su gran protectora por tierras latinas, asimismo los reyes de Baviera, los emperadores de Austria, San Pío V y, hacia el término de su vida, San Carlos Borromeo, fueron sus valedores y auxiliares. La decidida protección del elector imperial Maximiliano hizo, empero, de Baviera la tierra bendita del Instituto de Damas Inglesas de la Santísima Virgen María, como instrumento principal de la fe católica contra la herejía. Aludiendo al heroísmo

católico frente a sus tiránicos reyes en la Isla infortunada, decía Maximiliano: "Los ingleses han enseñado en primer lugar la fe a este pueblo, ahora nos han de enseñar a vivir cristianamente."

La obra de la venerable Sierva de Dios, María Ward, como obra verdaderamente divina, hubo de pasar por pruebas cruelísimas. María Ward era de espíritu y temple hondamente romanos, por convicción de la fe católica, por docilidad inquebrantable al Vicario de Cristo, por la heroica experiencia de la persecución anglicana. Y fué precisamente de Roma, en que tan venerada fué por cardenales y papas, de donde le vinieron las pruebas más duras. La aprobación del Instituto halló fuerte oposición en la curia, y no sin razón. María Ward tuvo la intuición sublime de lo que había de ser el apostolado futuro de las congregaciones de religiosas en el mundo moderno, esto es, sin la clausura total y estricta, que permitiría el contacto directo de las religiosas con la juventud y con todos los estamentos y edades, que habían de recibir su ministerio de todas las obras de misericordia espiritual y corporal. Y alcanzó tal visión, porque Dios se la inspiró en medio de persecuciones y condiciones político-religiosas que la hacían indispensable para preservar la fe en los pueblos sujetos a la herejía, mientras en el mundo latino y en Roma la tradición monástica era la norma regular. De aquí surgió la prueba dolorosa, que personalmente durante años soportó con verdadera santidad la venerable Sierva de Dios en su convento romano del Esquilino, cerca de Santa María la Mayor. En 1631 se produjo la crisis definitiva. Cuando el Instituto contaba con trescientas religiosas y diez fundaciones muy prósperas, se promulgó la bula de supresión, y un edicto del Santo Oficio hizo recluir a la Madre María Ward en el Monasterio de Clarisas de Munich. El dolor la puso en trance de muerte, pero su santidad la hizo obedecer y sufrir con silencio heroico. Tal ejemplaridad y la copiosa información del bien que el Instituto realizaba por doquier, aceleraron la hora de la reparación. María Ward

fué a Roma, y el Papa Urbano VIII dijo de ella esta sentencia, augurio de glorificación: "Es mujer de prudencia grande, de extraordinario coraje y fuerza de espíritu, santa y gran sierva de Dios."

En 1637 María Ward partió definitivamente de Roma. Desde entonces dos fundaciones fueron el centro de irradiación del espíritu y la obra de la venerable fundadora: la casa del Esquilino, bajo la directa protección del Papa, y la de Munich, siempre favorecida por los reyes bávaros. María Ward no cesó jamás, aun muy quebrantada de salud, en rehacer e impulsar su obra del Instituto de la Santísima Virgen María por diversas naciones. Luego un llamamiento íntimo la dirigió otra vez a Inglaterra, en 1639, a proseguir la antigua tarea de reavivar el espíritu romano de los católicos, que bajo el reinado de Carlos I alcanzaron un breve respiro de tolerancia en un ambiente anglicano hostil. Apoyada por la reina Enriqueta María y por el Nuncio, su obra restauradora en Londres fué prodigiosa, considerando sobre todo que fué realizada por una mujer que vivía muriéndose. Al final, la caída de Carlos I, que iba hacia el cadalso, recrudesció la antigua persecución. En York, sitiado por Oliverio Cromwell, María Ward sufrió lo indecible. Unos años más tarde, en 1680, su discípula Frances Bedingfield instituyó en la misma ciudad de York una escuela de su Instituto en el célebre Bar-Convent, el más antiguo convento de religiosas establecido en Inglaterra después de la Reforma, presagio del renacimiento moderno del catolicismo inglés. Llena de méritos, en 30 de enero de 1645, la venerable Sierva de Dios rindió su espíritu al Señor, heroicamente también. La mujer fuerte, que había sostenido el coraje martirial de los fieles y sacerdotes perseguidos en cárceles y peligrosos refugios, hubo de morir, sola con Dios, rodeada de unas fieles compañeras, sin la asistencia sacerdotal. Su grandeza sobrenatural culminó en esta hora suprema con la misma santa y paciente virilidad con que había vivido. *In memoria æterna erit iustus.*

El carácter y espíritu de María Ward sobrevivieron en su obra religiosa, que los Papas Clemente XI, Benedicto XIV, Pío IX y Pío X colmaron de bendiciones augustas. El Instituto de la Santísima Virgen María está extendido por todas las partes del mundo, en Alemania, Inglaterra, Italia, Austria, Rumania, Hungría, Suiza, Checoslovaquia, España, Francia, Canadá, Estados Unidos, Brasil, Chile, Argentina, Australia, África y la India, contando unas 270 casas y 9.000 religiosas. Sólo en Baviera cuenta con 102 escuelas, dependientes de Nymphenburg, en Munich, que habiendo sido su sede central hasta 1929, tiene de nuevo su generalato en Roma. De Nymphenburg, siguiendo los deseos del Papa Pío XII— que fué el cardenal protector del mencionado Instituto hasta su elevación al solio pontificio— y bajo el patrocinio de doña Paz de Borbón serenísima infanta de España y princesa de Baviera, salió en 1939 la fundación de las llamadas *Religiosas Alemanas* del Colegio Santa Elisabeth, en Barcelona, que rodeadas del amor de los barceloneses, celebran el presente III Centenario de la muerte de su santa y gloriosa fundadora.



(Sello del Instituto)

COLEGIO DE SANTA ELISABETH

LAFORJA, 41

BARCELONA